

# **ESTUDIOS NEOGRIEGOS**

**REVISTA CIENTÍFICA  
DE LA  
SOCIEDAD HISPÁNICA DE ESTUDIOS NEOGRIEGOS**

---

Número 13

2010

---

**SOCIEDAD HISPÁNICA DE ESTUDIOS NEOGRIEGOS  
Vitoria-Gasteiz 2010**

ESTUDIOS NEOGRIEGOS: Revista científica de la Sociedad Hispánica de Estudios Neogriegos. Título abreviado: *Estud. Neogriegos* – N. 1 (1997) – Granada: Sociedad Hispánica de Estudios Neogriegos, 1997-2001, País Vasco, 2003-2005, Vitoria-Gasteiz, 2009-2010.

Anual

ISSN 1137-7003. Depósito Legal: GR- 82-97

1. Lengua griega medieval y moderna – Publicaciones periódicas 2. Literatura griega medieval y moderna – Publicaciones periódicas 3. Civilización griega medieval y moderna – Publicaciones periódicas I. Sociedad Hispánica de Estudios Neogriegos. Publicaciones

807.73/.74 (05) – 877.3/.4 (05) – 008 (495)(05) – 008(495.02)(05)

ESTUDIOS NEOGRIEGOS, publicación científica anual de la Sociedad Hispánica de Estudios Neogriegos, acoge trabajos originales e inéditos en forma de artículos, actualizaciones bibliográficas, reseñas y noticias, relacionados con la Grecia medieval, moderna y contemporánea, preferentemente en los ámbitos artístico, filológico, histórico, lingüístico y de traducción.

Quienes deseen enviar originales para su publicación habrán de ser socios de la SHEN. También podrán publicarse trabajos de miembros de la Sociedad Europea de Estudios Neogriegos.

*Estudios Neogriegos* se edita una vez al año. El plazo de entrega de originales finaliza el día 30 de septiembre. El Comité editorial acusará recibo de la recepción de los originales y se iniciará el proceso evaluador de los trabajos. Todos los trabajos recibidos serán evaluados por al menos dos especialistas en cada materia. Durante el proceso se mantendrá el anonimato tanto de los evaluadores como de los autores. La aceptación o no del trabajo será comunicada al autor en diciembre. Después, a medida que se avance en la composición de la revista, el autor recibirá las galeras de la compaginación para que las devuelva corregidas en el plazo indicado.

La extensión máxima de los trabajos es de 6000 palabras y tendrán que ir precedidos por el título – en la lengua del artículo y en inglés-, el nombre del autor o autores, y la dirección completa de la institución a la que pertenecen. Todos los artículos incluirán un resumen en la lengua de redacción del artículo y otro en inglés, de un máximo de seis líneas, así como las palabras clave en los mismo idiomas (máximo cinco). Para las reseñas, se recomienda un máximo de 1500 palabras. El número de palabras incluye las notas y la bibliografía utilizada tanto en artículos como en reseñas. La información sobre las normas de publicación se detalla en las páginas finales del volumen.

#### EQUIPO DE DIRECCIÓN

Directora: Olga Omatos Sáenz (*Universidad del País Vasco*)

Subdirectora: Isabel García Gálvez (*Universidad de La Laguna-Tenerife*)

Secretaria: Alicia Morales Ortiz (*Universidad de Murcia*)

#### CONSEJO DE REDACCIÓN

Javier Alonso Aldama (*Universidad del País Vasco*), José Antonio Costa Ideias (*Universidad Nova de Lisboa*), Ernest Marcos Hierro (*Universitat de Barcelona*), Francisco Morcillo Ibáñez (*IES Albacete*), Encarnación Motos Guirao (*Universidad de Granada*), Manuel Serrano Espinosa (*Universidad de Alicante*), Penélope Stavrianopoulou (*Universidad Complutense de Madrid*).

#### CONSEJO ASESOR

Miguel Castillo Didier (*Universidad de Santiago de Chile*), Kostas Dimadis (*Freie Universität Berlin*), José M<sup>a</sup> Egea (*Universidad del País Vasco*), Hans Eideneier (*Universität zu Köln-Universität Hamburg*), Παναγιώτης Γιαννόπουλος (*Université Catholique de Louvain*), Γιάννης Χασιώτης (*Αριστοτέλειο Πανεπιστήμιο Θεσσαλονίκης*), Εραστοςθένης Καψωμένος (*Πανεπιστήμιο Ιωαννίνων*), Antonio Melero Bellido (*Universidad de Valencia*), Moschos Morfakidis Filactós (*Universidad de Granada*), Constantino Nikas (*Università degli Studi di Napoli "L' Orientale"*) y Kostas Tsirópoulos (*Atenas*).

COMPAGINACIÓN Y CORRECCIÓN: Equipo de dirección

IMPRESIÓN: ALSUR

SUSCRIPCIÓN Y COMPRA: España y América Latina, 35€; Europa, 40€; Norteamérica 40€.

INFORMACIÓN Y CONTACTO: [revista@shen.org.es](mailto:revista@shen.org.es) – [guerufi@euskalnet.net](mailto:guerufi@euskalnet.net) – <http://www.shen.org.es>

Apartado postal 2.111. E-01006 Vitoria-Gasteiz. España

Esta publicación se ofrece en intercambio con cualquier otra publicación también periódica que tenga parecidos intereses y cobertura.

El Equipo de dirección no se responsabiliza de las opiniones de los autores de los trabajos.

## SUMARIO

Editorial.....	9
Κατηγορία του γραμματικού γένους της Νέας Ελληνικής (αντιπαραθετική ανάλυση με τη γεωργιανή γλώσσα) <i>Grammatical Category of gender in Modern Greek</i> <i>Svetlana Berikashvili</i> .....	11-19
El mito de Prometeo en las letras neohelénicas <i>The myth of Prometheus in neohellenic versions</i> <i>Santiago Carbonell Martínez</i> .....	21-38
“Be friendly with the peasantry”: English guidebooks on Cyprus during the British occupation (1878-1960) <i>Eroulla Demetriou/José Ruiz</i> .....	39-48
Η γένεση των <i>Γραπτών</i> και η ψυχανάλυση <i>The genesis of the book writing and the psychoanalysis</i> <i>Λεόνιδας Εμπειρικός</i> .....	49-68
La ciudad ideal en <i>La Odisea</i> de Nikos Kazantzakis <i>The ideal city in Nikos Kazantzakis Odyssey</i> <i>Helena González Vaquerizo</i> .....	69-87
Οι Έλληνες σύντροφοι του Δομήνικου Θεοτοκόπουλου στο Τολεδο <i>Dominicos Theotokopoulos' Greek Companion in Toledo</i> <i>I.K. Χασιώτης</i> .....	89-117
Ο θρήνος ενωπίον των αδικοσφαγμένων κοριτσιών στο βυζαντινό έπος του <i>Διγενή Ακρίτη</i> <i>The motif of των αδικοσφαγμένων κοριτσιών in the Byzantine epic poem of Digenis Akritis</i> <i>Ιωάννης Κιορίδης</i> .....	119-129
Ο διηματογράφος Σπυριδών Βασιλειάδης. Ζητήματα της αφηγηματικής του φυσιογνωμίας Spyridon Vassiliadis as short story writer <i>Γεωργία Λαδογιαννη</i> .....	131-136
Del «Siglo de oro» a Miguel Mihura. La contribución de Iulía Iatridi a la recepción de la literatura española en Grecia <i>From the «Siglo de oro» to Miguel Mihura. The contribution of Iulia Iatridi in the reception of the Spanish Literature in Greece</i> <i>Virginia López Recio</i> .....	137-145

A propósito de Korais. Traducción de <i>La vida de Adamandios Korais escrita por él mismo</i> On Korais. Spanish Translation of Korais' autobiography <i>Alicia Morales Ortiz</i> .....	147-159
Várnalis y el problema lingüístico <i>Kostas Varnalis and the linguistic problem</i> <i>Francisco Morcillo Ibáñez</i> .....	161-168
Λεκτικές και φραστικές στρατηγικές της δραματουργίας στην <i>Ερωφίλη</i> του Χορτάτση <i>Linguistic strategies of dramaturgy in "Erophile" by Chortatsis</i> <i>Walter Puchner</i> .....	169-183
Historia de una transfiguración <i>History of a transfiguration</i> <i>Kostas E. Tsiróπουλος</i> .....	185-193
«Lisístrata» (1972) de Yorgos Dservulakos, una denuncia política con humor, sexo y budsuki <i>The «Lysistrata» of Yorgos Dservulakos, a political denunciation with humor, sexuality and buzuki</i> <i>Alejandro Valverde García</i> .....	195-207
Tradición clásica e identidad neohelénica en los poemas de amor chipriotas del siglo XVI <i>Classic tradition and neohellenic identity in the anonymous Cypriot collection of love poems of the XVIth century</i> <i>José Vela Tejada</i> .....	209-225
Δήμητρα Χριστοφορίδου, <i>Προς ανάμματα</i> .....	227-233
Recensiones.....	235
José Soto Chica, <i>Tiempo de Leones</i> (Isabel Cabrera Ramos) - Δήμητρα Χριστοδούλου, <i>Λιμός</i> (Dimitra Christoforidou) - P. Schreiner, <i>Constantinopoli, metropoli dai mille volti</i> (José Ramón del Canto Nieto) - M. Morfakidis Filactós - M. Casas Olea, <i>Fuentes Griegas sobre los Eslavos. I. Expansión y establecimiento de los eslavos en la Península Balcánica</i> (Isabel Cabrera Ramos) - Revista <i>Νέα Ευθύνη</i> (Mariano Villegas Hernández) - Luis García Moreno - María Jesús Viguera Molins (eds.), <i>Del Nilo al Ebro. Estudios sobre las fuentes de la conquista islámica</i> (José Soto Chica) - Alicia Morales Ortiz, Cristóbal Pagán Cánovas, Carmen Martínez Campillo (Eds), <i>The Teaching of Modern Greek in Europe: Current Situation and new Perspectives</i> (Idoia Mamolar Sánchez), Paschalis M. Kitromilides (ed.), <i>Adamantios Korais and the European Enlightenment</i> (Alicia Morales Ortiz).	
Reseñas de Actividades.....	253
Datos de los autores.....	261
Normas de Redacción.....	263

A PROPÓSITO DE KORAÍΣ. TRADUCCIÓN DE LA *VIDA DE ADAMANDIOS KORAÍΣ ESCRITA POR ÉL MISMO*.

ALICIA MORALES ORTIZ  
Universidad de Murcia

RESUMEN:

En este trabajo se presenta traducción al castellano de la autobiografía de Korais, *Vida de Adamandios Korais escrita por él mismo*, publicada en París en 1833.

PALABRAS CLAVE: Adamandios Korais, autobiografía, ilustración neogriega.

ABSTRACT: In this paper is presented the Spanish translation of Korais' Autobiography, which was published in Paris in 1833.

KEY WORDS: Adamantios Korais, autobiography, neo-hellenic enlightenment.

NOTA PRELIMINAR

La obrita que presentamos en traducción castellana porta en el original el título *Βίος Αδαμαντίου Κοραή συγγραφείς παρά του ιδίου*. Su redacción fue concluida por Korais en París en 1829 y se publicó en la misma ciudad en 1833, el año de su muerte, siendo objeto de numerosas reimpresiones posteriores. Según él propio autor cuenta en ella, se decidió a escribir su autobiografía con la intención de corregir algunos errores sobre su vida que circulaban en biografías impresas. En el texto, Korais se detiene especialmente en sus años de niñez en Esmirna y en la época de su primera formación, para luego relatar de forma más apresurada su estancia en Amsterdam, sus estudios de medicina en Montpellier y, sobre todo, su actividad en Francia.

Esta autobiografía es, junto con la correspondencia conservada, la fuente principal para nuestro conocimiento de la vida de Korais y compone un interesante y revelador retrato del ilustrado griego: su odio a los turcos, el afecto hacia sus padres y primeros maestros, su esfuerzo por aprender lenguas, sus penurias económicas, sus primeros contactos con los autores antiguos, su intenso amor a la educación y la cultura, su visión de la Francia revolucionaria o su juicio sobre la independencia griega.

Además se adivinan en esta obra menor algunos de los temas y reflexiones que reaparecen de continuo en el resto de su producción, y que se convirtieron en guía de su labor intelectual. Nos referimos sobre todo a su preocupación por la Grecia sometida al yugo turco, a su admiración por la Europa ilustrada y sus valores liberales, y a su empeño por recuperar para su patria la sabiduría antigua, labor a la

que se entregó en cuerpo y alma desde el convencimiento de que la *paideia* y la instrucción del pueblo son requisitos fundamentales para el progreso de la nación griega\*.

#### TRADUCCIÓN

Uno de mis paisanos y amigos de Quíos, un honrado joven (Efstracios Rallis, si no me engaña la memoria), me preguntó un día cuando se encontraba en París si había pensado en escribir mi vida. La pregunta me resultó extraña; probablemente también él juzgó extraña mi respuesta.

Quien cuenta su vida está obligado a relatar tanto sus logros como sus errores, con tanta exactitud, que ni exagere los primeros ni empequeñezca los segundos, o los silencie completamente, cosa muy complicada debido al amor propio inherente en todos nosotros. Quien ponga esto en duda, que intente esbozar solo dos renglones de su biografía, y comprenderá la dificultad.

En mi vida no tengo logros dignos de mención que enumerar y con agrado haría públicos mis errores si creyera que su publicación iba a corregir alguno. Así que sencillamente escribo algunos acontecimientos de mi vida, no con otro fin (testifico la sagrada verdad) que el de enmendar algunos deslices de aquellos que han querido escribir mi biografía estando yo todavía vivo (no se por qué razón).

Nací el 27 de abril de 1748 en Esmirna, hijo primogénito de Ioannis Korais, de Quíos, y de Zomaida Risia, de Esmirna. De los ocho hijos que tuvieron, sólo quedamos yo y mi hermano Andrea, tres años menor. Mi padre no recibió de niño educación, no solo porque en aquella época toda la nación era iletrada (con la excepción de unos pocos revestidos de una pseudo-educación más que de educación verdadera), sino también porque quedó huérfano a una edad muy temprana. Mi madre sí tuvo una formación liberal, porque su padre era Adamandios Risios, el más sabio de su época en las letras griegas, que murió un año antes de mi nacimiento (en 1747). Éste se ganaba la vida aún joven como

---

\* Entre la abundante bibliografía generada en torno a Korais y sin pretensiones de exhaustividad, remito, para una visión de conjunto del personaje, su época y su obra, a los trabajos clásicos de K. Th. Dimaras, *O Korais kai η εποχή του*, Atenas 1953 y *Νεοελληνικός Διαφωτισμός*, Atenas 1977; V. Rotolo, *Korais e la questione della lingua in Grecia*, Palermo 1965. Más recientemente, I. García Gálvez, "Los clásicos en la *Biblioteca Helénica* de Adamandios Korais", *Fortunatae* (2002) 107-130, P. Mackridge, *Language and National Identity in Greece, 1766-1976*, Oxford 2009 (en concreto el capítulo "Adamantios Korais as language reformer", pp. 102-125) y P. Kitromilides (ed.), *Adamantios Korais and the European Enlightenment*, Oxford 2010. Para los estudios y biografías de Korais aparecidos durante el siglo XIX, cf. E. N. Frankiskos, "A survey of studies on Adamantios Korais during the nineteenth Century", *The Historical Review* 2 (2005) 93-128. Para la presente traducción hemos empleado la primera edición de la obra, *ΒΙΟΣ ΑΔΑΜΑΝΤΙΟΥ ΚΟΡΑΗ ΣΥΓΓΡΑΦΕΙΣ ΠΑΡΑ ΤΟΥ ΙΔΙΟΥ, ΕΝ ΠΑΡΙΣΙΟΙΣ, ΕΚ ΤΗΣ ΤΥΠΟΓΡΑΦΙΑΣ Κ. ΕΒΕΡΑΡΤΟΥ*, 1833, digitalizada y disponible on-line en la biblioteca digital *Anemi* (<http://anemi.lib.uoc.gr>).

profesor de letras griegas en Quíos<sup>1</sup>, y después llegó a Esmirna donde se casó con una viuda de nombre Ancirea. Como no tuvo hijo varón, consolaba su desgracia afanándose en criar como hijos varones a sus cuatro hijas, Zomaida, mi madre, y a sus tres hermanas, Anastasia, Teodora y Eudocia. La situación del pueblo en la época era tal que en Esmirna, pese a ser una gran ciudad, las hijas de Risios eran casi las únicas que sabían leer y escribir. Además de a leer y a escribir aprendieron también rudimentos de la lengua griega antigua. Teodora, la más sabia de todas, murió de peste siendo una muchacha. Mi madre alcanzó cierta capacidad para entender las obras del decadente helenismo.

La formación de mi madre no habría bastado para educarnos a mi hermano y a mí, si no hubieran concurrido otras circunstancias:

A mi padre, aunque carecía de instrucción, la naturaleza le había dotado con una mente despierta y con otros muchos dones, de modo que comprendió que únicamente la educación puede perfeccionar los talentos naturales, y ardía por amor a la cultura. Sin embargo, puesto que ya no podía adquirirla en la escuela, compensó su carencia frecuentando allí donde encontrara un hombre sabio, para calmar su sed escuchando la antigua sabiduría griega. Junto a su agudo ingenio natural, tenía también el don de la palabra, como mostró después en su actuación política en la administración de la comunidad, en la medida en que los tiranos la permitían a los tiranizados. Toda su vida la gastó en el cuidado del bien común con daño de su propia hacienda. Ocho o diez veces fue elegido demogeronte; no pasó un año en el cual no fuera o demogeronte o administrador de la iglesia o del hospital o patrón (*protomagistor*) de la corporación de los comerciantes de Quíos. Además de estas ocupaciones, cuantos tuvieran disputas comerciales, familiares o cualquier otra pelea se refugiaban en mi padre como el único capaz de solucionarlas con su experiencia y de poner paz entre los rivales gracias a su retórica natural. Por todas estas virtudes mi abuelo materno lo eligió como yerno, despreciando a muchos otros pretendientes más ricos en suerte y en reputación que mi padre, y que estaban deseosos de contraer parentesco.

Inflamado por un amor tan grande a la educación, era natural que se preocupara por la de sus hijos. Si mi abuelo hubiera vivido todavía, sin duda le hubiera confiado a él esta tarea. Pero su muerte le obligó a entregarnos a la escuela griega que en aquel momento acababa de establecer un hombre de Quíos, Pantaleón Sebastopolos, y que entonces dirigía un monje procedente de Ítaca. El maestro y la escuela se parecían a todos los maestros y las escuelas que había en la época por Grecia, es decir, impartían una enseñanza muy pobre, acompañada por generosos golpes de vara. Fueron tantas las zurras que recibimos que mi hermano, no pudiendo soportarlo más, se licenció de la educación griega contra la voluntad de mis padres.

---

<sup>1</sup> En un escrito anónimo editado en Venecia en 1824, titulado *Constantinias antigua y nueva*, encuentro (p. 113) que Adamandios (Adamas) se ganó la vida como profesor también en Constantinopla. Esto debió de ser antes de su actividad escolar de Quíos.

Dos causas fundamentalmente reforzaron mi propio aguante: el amor a la educación y el amor a la gloria. Mi amor a la educación no era menos vehemente que el amor propiamente dicho. Mi amor a la gloria lo alimentó e hizo crecer en un primer momento el prestigio de la sabiduría y virtud de mi abuelo, Adamandios Risios, después la de otro familiar poco mayor, el médico y filósofo Antonios Koráis<sup>2</sup>, y aún la de un tercero, todavía vivo en aquella época, profesor de literatura griega en Quíos, el monje Cirilo, sobrino de mi padre (por parte de madre). Silenciaría otro motivo, la codicia, si no sirviera para honrar a mi difunto abuelo y como ejemplo de cómo deben los padres animar a sus hijos y a sus descendientes para la adquisición de la virtud.

He dicho que mi abuelo, muy apenado por la falta de hijos varones, se esforzó en comunicar una parte de su sabiduría a sus hijas. Una vez que las casó, teniendo como dote, además de una cantidad de plata, una casa cada una provista de todo lo necesario, aguardaba con impaciencia que le dieran descendencia masculina, con el único deseo de instruirla él mismo en la cultura griega.

Sin embargo, al ver que se le aproximaba la muerte, anunciada por la pérdida de visión de sus ojos, y temiendo que no se cumpliera su deseo, escribió el testamento. En el primer capítulo dejaba heredero de sus libros a aquel de sus futuros descendientes varones que fuera el primero en terminar la escuela griega, tras haber aprendido cuanto supiera el maestro. Mis primos, rivales y compañeros de clase, no mostraron el menor deseo de heredar los libros: el azar me sacó el primero de la escuela y me declaró heredero de la biblioteca familiar.

Los libros del abuelo no eran muchos, pero sí los suficientes como para darme cuenta de cuán escasa era la instrucción que había adquirido a golpe de vara y qué ridícula mi vanidad ocasionada por la costumbre entonces muy difundida y muy común de otorgar el título de “Eruditísimo” y “Sapientísimo” a todo aquel, sin excepción, que conociera las declinaciones de los sustantivos y las conjugaciones de los verbos. Me echaba a temblar cuando me daba cuenta de cuánta ayuda me faltaba todavía para llegar a comprender cabalmente a los escritores griegos, y me llenaba de enfado al pensar cuánto tiempo había perdido de forma inútil en la adquisición de una ciencia tan pequeña, la ciencia de unas pocas palabras. Encontraba consuelo tan solo en mi juventud que me permitía reconstruir de algún modo mi mal construida educación. Pero en la ciudad que era en aquella época Esmirna –a pesar de que era importante– faltaban los medios para tal reconstrucción. Ello reforzó el odio que en mi alma se alimentaba desde mi nacimiento contra los turcos, a los que consideraba culpables de estas carencias, y también el deseo de abandonar mi patria, a la que veía más como madrastra que como madre. Este deseo cobraba cada día más fuerza y ardía dentro de mi aliento sobre todo con la lectura de los discursos de Demóstenes, hasta que mi salud se resintió. A partir de los trece años comencé a escupir sangre, y lo hice ininterrumpidamente hasta los veinte. Desde entonces no he dejado de escupir,

---

<sup>2</sup> De éste publiqué en el año 1819 la *Oda a d'Aguesseau (Ode à d'Aguesseau)*. Antonios compuso estos versos en 1702 durante su estancia en París.

aunque a intervalos largos, hasta casi los sesenta. Pese a todo, ni mi estado enfermizo ni el miedo a empeorar obstaculizó mi sed de educación.

Apenas encontré a quien me enseñara la lengua italiana y aún mayor dificultad tuve para dar con un profesor de francés. El italiano era entonces la única lengua que se enseñaba a algunos jóvenes escogidos, más por necesidades comerciales que con el objeto de profundizar en su conocimiento. En cuanto al francés, yo fui prácticamente el primero en pensar en buscar profesor, ayudado por mi padre con entusiasta apoyo económico. Pero los profesores de italiano y el de francés únicamente se distinguían del profesor de griego del que me había liberado en que me enseñaban sin golpes de vara.

Estudí ambas lenguas, no tanto por la utilidad que obtendría de ellas –puesto que no tenía libros italianos y franceses para leer, ni era fácil que los obtuviera prestados– cuanto para progresar en el aprendizaje del latín. El deseo de aprender esta lengua prendió en mi alma con las notas escritas en latín en numerosos libros griegos, y especialmente, con las anotaciones de Casaubon. Encontré por azar entre los libros de mi abuelo la edición reimpresa (1707) en Ámsterdam del Estrabón de Casaubon. Y digo por azar, porque tales ediciones eran entonces totalmente desconocidas en Esmirna. La escuela en la que estudiaba no las tenía y es probable que mi maestro no conociera en absoluto la excelente edición de Estrabón. Mi abuelo la había adquirido, al igual que algunas buenas ediciones de otros escritores, porque comerciaba de forma habitual con Holanda, de donde se hacía traer desde Ámsterdam, de cuando en cuando, libros griegos para su uso privado. Cuantas veces abría el Estrabón, me atormentaba con la simple visión de las largas anotaciones de Casaubón, con cuyo auxilio esperaba entender el texto, ya que no podía esperar gran ayuda de cuanto había aprendido en la escuela griega.

Para adquirir conocimientos de la lengua latina tenía que recurrir a los sacerdotes occidentales que se encontraban en Esmirna, y sobre todo a los Jesuitas, cosa difícil a causa de los prejuicios que había contra ellos, alimentados por la locura proselitista que los poseía, tan extrema que estos jesuitas enemigos de Jesús consideraban –y todavía lo consideran hoy– un hecho de mucho más valor la vuelta de un griego a su iglesia antes que la conversión de diez turcos o a diez idólatras. El asunto hubiera sido más difícil de haber vivido mi abuelo: cómo hubiera sido posible que me entregara a las manos de los Jesuitas Adamandios Risios, el mismo que había compuesto un poema entero en versos yámbicos contra los abusos del Papismo, titulado *Crítica a la religión de los latinos*, en 36 capítulos, y se cuidó de imprimirlo en Ámsterdam<sup>3</sup> para repartirlo gratis a sus compatriotas, como medicina preventiva contra la locura papal.

Lo que buscaba por todas partes con tanto afán, me lo ofreció de forma inesperada el azar. En efecto, recuerdo ese tiempo con agradecimiento y lo tengo

---

<sup>3</sup> El año de la impresión fue 1748. Como murió en 1747 no llegó a verlo publicado; y ello por suerte, para que no viera tal cantidad de errores tipográficos, debido a los cuales una gran parte del poema era incomprensible. Yo me ocupé de llevar una copia de Esmirna para ofrecerla a la biblioteca real, a la que efectivamente la doné (1829).

por el más afortunado de mi vida, puesto que hallé maestro capaz no sólo de enseñarme latín, sino también de frenar los desordenados impulsos de mi juventud en ebullición.

Servía entonces como sacerdote en la capilla del cónsul de Holanda un sabio varón, venerable y respetable, Bernhard Keun. Cuando oí que buscaba un griego estudioso de la lengua griega para perfeccionar su conocimiento de ella, ofrecí a través de un amigo mi magisterio a un alumno que conocía la lengua quizá mejor que yo y no necesitaba más que aprender la pronunciación moderna. El bueno de Bernardo, creyendo que quería dinero en pago de mi enseñanza, y dispuesto a pagar, cuando escuchó que no buscaba otra cosa más que recibir a cambio clases de latín, lo aceptó con regocijo más por el deseo filantrópico de ayudar a un joven dispuesto a aprender, que por necesidad, la cual iba a acabar tras unas pocas semanas. En verdad pocas semanas le bastaron para pronunciar la lengua igual que lo hacía yo. Y en lo sucesivo, poniendo por excusa la necesidad, me retuvo largo tiempo, cuanto todavía pasé en Esmirna antes de mi partida. Su afecto hacia mi creció tanto que me invitaba a acompañarlo en sus paseos después de las comidas, siempre con el fin de enseñarme de viva voz cuanto consideraba útil para mi felicidad, me prestaba ilustres escritores latinos y, finalmente, me dejaba solo en su biblioteca cuantas veces se veía obligado a estar fuera de casa.

Olvidé contar que antes de conocer a este venerable maestro deseaba aprender la lengua árabe. Omito la causa de este deseo, pues temo que parezca que estoy escribiendo una novela. El caso es que por fuerza había de tomar maestro turco, y ello era imposible para mí, puesto que sólo esa palabra, “turco”, me provocaba extraños espasmos. Me enteré de que la lengua árabe tenía un gran parentesco con la hebrea, por lo que decidí buscar maestro hebreo, y lo encontré. Pero ¡qué maestro! También ellos, desdichados, sufrieron lo mismo que nosotros: al perder la lengua de nuestros antepasados nos hemos visto reducidos a lo que algunos consideran y llaman “buena gramática” de la lengua. De forma semejante también ellos presumen de su “buen hebreo”. Con todo, estudiaba la lengua hebrea como preparación para la árabe, con la esperanza de hallar en algún momento un profesor de ésta que no fuera turco. La necesidad de pagar al maestro hebreo me obligó por supuesto a recurrir a mi padre. En aquel año (1764) y con la situación en que se hallaba nuestra nación, cualquier otro padre de los vecinos de la ciudad, sin excepción, al oír a su hijo pedir un maestro de lengua hebrea, hubiera llamado al médico, creyendo que había perdido el juicio. Sin embargo, a mi buen y sensato padre le bastó con preguntarme únicamente para qué servía la lengua hebrea. Cuando le dije que era útil para una comprensión más exacta del Antiguo Testamento, me respondió: “Bien, entonces empieza”. Nunca recuerdo esta lacónica respuesta sin llorar. Tal era su buena disposición hacia mi educación, de la cual es también esto buena muestra: muchas veces deseé, según es habitual entre los jóvenes, un traje de fiesta nuevo para las celebraciones en honor al Señor, y mi padre me lo aplazaba de Navidad a Pascua y de ahí de nuevo a Navidad. Sin embargo, nunca me aplazó ni maestro ni libro ni ninguna otra herramienta educativa que le pedí.

La ignorancia de mi profesor hebreo era tal que me habría apartado del estudio de la lengua si en la biblioteca de mi otro maestro, mi buen y cariñoso padre Bernardo, no hubiera encontrado ayuda en ella, como también en la latina, e incluso en la griega. Y ello intensificó mi deseo de conocer Europa, que albergaba mucho tiempo antes. Porque veía que los europeos, sin ser griegos ni romanos, tenían recursos para la cultura griega y romana, y sin ser hebreos, disponían de gramáticas y diccionarios de la lengua hebrea, desconocidos para los hebreos. Era, pues, natural que llegara a la conclusión de que en la actual Europa se habían refugiado las luces de Grecia, de Roma e incluso de Palestina.

Mi padre vendía seda y comerciaba en el bazar cubierto de Esmirna, donde había también otros quiotas y no, como dice mi biógrafo<sup>4</sup>, en Quiós, de dónde partió cuando era un niño sin ya regresar. Deseaba ampliar su comercio allende el mar hasta Holanda, a imitación de su suegro y de mi abuelo. Pero quería tener allí a un hombre de confianza, y no hacer negocios por mediación de los holandeses, como había hecho mi abuelo. Después de muchos impedimentos por parte de mi madre se decidió que me marchara a Ámsterdam. Mi madre pensaba que el viaje por mar era poco menos que mi muerte, y yo por mi parte detestaba la vida de negocios como un gran obstáculo para disfrutar de mi deseada educación. Pese a todo juzgaba el viaje como una gran oportunidad y tenía la esperanza de que las ocupaciones comerciales me dejaran tiempo suficiente para atesorar cuanta sabiduría me fuera posible, si no tanta como mi sed requería.

Así pues embarqué (1772) en un barco danés y tras veinte y seis días de navegación llegué a Livorno y, desde allí, pocos días después, a Ámsterdam, acompañado de numerosas cartas de recomendación. De ellas tan solo una me resultó útil, la carta de mi amigo y maestro (Bernhard Keun), dirigida a cierto ministro amigo suyo llamado Adrien Buurt, varón sapientísimo, de los más venerables y respetados entre los ministros que se encontraban allí en la época. Este maestro socrático me recibió como a un hijo, y una vez que examinó mis escasos conocimientos, me preguntó si mis ocupaciones comerciales me permitirían acudir a su casa dos veces por semana para que aprendiera cuanto juzgaba necesario para el recto juicio, a partir del cual –según decía– tenía que comenzar una correcta instrucción. Acepté no digo con alegría sino con entusiasmo esta inesperada invitación paternal y aprendí de él los elementos de Euclides y la ciencia lógica. Esta la estudiaba en el libro de lógica compuesto por su sabia esposa Carolina (Iosina Carolina van Lynden), un manual del todo diferente<sup>5</sup> a la lógica que había aprendido en la escuela de Esmirna.

Este hombre sabio y su sabia esposa no tenían hijos. Sin embargo eran felices porque ambos trabajaban por la felicidad de sus conciudadanos. Además de una

---

<sup>4</sup> *Biographie nouvelle des Contemporaines*, t. V, p. 52.

<sup>5</sup> Guardo todavía en mi biblioteca esta Lógica (escrita en lengua holandesa), valioso regalo de la venerable Carolina. Tengo además de su marido algunos escritos también en holandés. Uno de ellos fue traducido al francés por mi primer maestro (Bernhard Keun), con el título *Abregé de la Théologie dogmatique*, impreso en Ámsterdam en 1779. También éste se conserva en mi biblioteca.

rica biblioteca tenían también un laboratorio de historia natural. Los dos días a la semana que habían regalado a mí, un extranjero, estaban destinados también a los hijos e hijas de muchos ciudadanos ilustres. Las hijas venían a escuchar las enseñanzas de Carolina, y los hijos aprendían de su esposo Adriano.

A la virtud de estas dos venerables personas, así como a la de mi anterior amigo y maestro, mi respetado Bernardo, debo no mi propia virtud, sino el haber frenado mis pasiones. Mi juventud se agitaba en una tormenta de pasiones, y ninguna otra cosa me salvó del naufragio sino el respeto que sentía hacia estos maestros y la ambición de hacerme merecedor de su afecto. Tal juzgo ahora también la juventud de mi padre: probablemente no se hubiera salvado si no hubiera ambicionado merecer el afecto de Adamandios Risios. Lección fundamental para todos aquellos padres que se preocupen por la salvación de sus hijos: que los pongan en manos de maestros tales que no sólo provoquen admiración por su sabiduría, sino también deseo de ganarse su afecto y horror ante la posibilidad de su desprecio.

En Ámsterdam pasé seis años, dedicado al comercio y, cuando me lo permitían mis ocupaciones, a la educación, siempre inquieto por el intenso deseo de no regresar más a mi patria tiranizada. El odio contra los turcos, alimentado en mi alma desde niño, desembocó en una intensa animadversión ahora que había probado la libertad de un estado bien gobernado. “Turco” y “fiera salvaje” eran en mi cabeza palabras sinónimas, y lo son aún, aunque en el diccionario de los amigos del tirano y enemigos de Cristo signifiquen cosas distintas.

Pese a todo, me vi obligado a regresar y pasé por Viena (por donde había pasado también antes de camino a Ámsterdam) para ver por segunda vez a un tío mío (hermano de mi padre) Sofronio, arzobispo de Belgrado, quien, perseguido por el Paschá de allí, se había refugiado bajo la protección de María Teresa, emperatriz de Alemania.

Tras una estancia de cuarenta días en Viena marché a Trieste y de allí a Venecia, donde pasé casi todo el invierno del año 1778, alimentado todavía por la esperanza de obtener de mis padres el permiso que les había solicitado para ir a Francia a estudiar medicina. Mi objetivo no era llegar a ser médico. Sólo miraba a dos cosas: ganar tiempo para no ver turcos y, en caso de estar obligado a verlos finalmente, vivir entre ellos como médico, puesto que esta raza salvaje sólo con los médicos se ven obligados a fingir cierta mansedumbre.

Llegué a Esmirna pocos días después del incendio que hizo desaparecer una gran parte de la ciudad, sacudida todavía por el seísmo. Las desgracias comunes, unidas a las particulares (puesto que también se quemó mi casa familiar) transformaron mi animadversión a convivir con los turcos en una melancolía tan profunda que a punto estuve de caer en una verdadera locura. Y aquí el nombre “locura” no es una exageración retórica. Todavía hoy cuando recuerdo mi agitación mental de aquella época, estoy seguro de que hubiera sido inevitable enloquecer de no haber tenido el consuelo diario de mi maestro y amigo Bernardo. El fue prácticamente mi única relación en los cuatro años que todavía pasé en Esmirna, y el resto del tiempo huía al campo unos pocos kilómetros lejos de la ciudad, para no ver turcos. Mis padres alimentaban todavía la esperanza de retenerme en mi patria:

utilizaron todo tipo de métodos, incluso el engaño del matrimonio, para que cambiara de opinión. Este engaño estuvo a punto de atraparme, tanto por mi juventud como por la belleza, y aún por la riqueza, de la novia, huérfana de un padre enormemente rico, si el amor a la libertad no me hubiera obligado a despreciar amores de cualquier otro tipo. Mis padres, viendo que ni siquiera esto servía para ablandarme y el gran peligro para mi salud, cada día más deteriorada, me permitieron finalmente marchar a Francia.

Para abreviar lo sucedido entretanto, pasé de nuevo por Livorno, después por Marsella y llegué finalmente a Montpellier el 9 de octubre de 1782, y no en 1787<sup>6</sup>. Allí pasé seis años y no ocho<sup>7</sup>, estudiando medicina, cuanto me lo permitía mi cuerpo debilitado por los esfuerzos cotidianos del estudio y por el pensamiento obsesivo de que finalmente regresaría a mi patria tiranizada por los turcos.

En Montpellier me llegó la terrible noticia de la muerte de mi padre el 21 de julio de 1783, y mi madre lo siguió un año después. ¡Descansen en paz! Unos padres así se los deseo a todos los jóvenes.

En este punto me veo obligado a corregir de nuevo un error de mi biógrafo. Dice que mi estancia y estudios en Montpellier fueron posibles gracias a una asignación anual de 2000 francos de Bernardo<sup>8</sup>. Mi buen amigo y maestro hubiera actuado con alegría en mi ayuda si su situación económica le hubiera permitido tales estipendios. No obstante, ni él ni mis parientes dejaron de engordar con donaciones puntuales los recursos que recibía de mis padres, mientras vivieron, y, después de su muerte, de la venta de la casa familiar, que había sido reconstruida, así como de los que yo me procuraba con mis propios esfuerzos. Entre estos esfuerzos se contaba la traducción del alemán al francés de la *Catequesis* del ruso Platón, la *Medicina clínica* de Selle, que publiqué sobre 1787 hallándome en Montpellier, y otros escritos médicos traducidos del alemán y del inglés al francés, y editados después en París.

Cuando terminé mis estudios deseaba conocer también la nueva Atenas, París, para evitar la misma vergüenza de aquellos que en el pasado no conocieron la antigua. Así pues, vine a París el 24 de mayo de 1788, acompañado de las cartas de presentación de mis profesores; cuya buena estima, en especial la de Broussonet, Grimaud y Chaptal, ha sido uno de los hechos afortunados de mi vida.

Pero llegué en un momento en el que al poco se iba a producir una inopinada revolución política en la nación, una revolución que se estaba gestando desde la mitad de esta centuria y era la primera en la historia, y que procedía de un pueblo del que nadie la hubiese esperado. En efecto, los franceses, parecidos a los atenienses en sabiduría, mansedumbre, filantropía y amabilidad, eran considerados hasta entonces un pueblo frívolo, al igual que los propios atenienses, dignos de cuanto escribió sobre la frivolidad ateniense el cómico Aristófanes. La revolución demostró que en este pueblo aparentemente superficial se ocultaba un gran número

---

<sup>6</sup> *Biographie nouvelle des Contemporains*, t. V, p. 52.

<sup>7</sup> *Ibid.*, p. 54.

<sup>8</sup> *Ibid.*, *ibid.*

de filósofos, a los que los abusos de la monarquía absoluta pusieron inesperadamente al descubierto e instauraron como legisladores del nuevo régimen.

La revolución política en Francia acabó definitivamente con las dudas que hasta ese momento tenía sobre mi regreso a la patria –dudas que había atenuado la muerte de mis padres–. Tomé la decisión inamovible de no convivir en lo sucesivo con tiranos. Ello aumentó el deseo que alimentaba desde hacía tiempo de colaborar en lo posible en la instrucción de mis compatriotas, y más aún cuando advertí que el aumento y la extensión de la educación en el estado francés habían hecho nacer el amor a la libertad. Encontré como único medio de esta colaboración las ediciones de escritores griegos con largos prefacios escritos en la lengua común, de modo que fueran leídos no solo por los estudiosos de la lengua antigua, sino también por los ciudadanos particulares. Sin embargo, en esta empresa se necesitaba un conocimiento más rico de la lengua griega, para poder realizar la edición crítica del texto de los escritores. Así que dediqué toda mi atención a la adquisición de éste, abandonando el ejercicio de la medicina y cualquier otra ocupación.

Las agitaciones provocadas por los demagogos que aparecieron después en Francia, nada que ver con los cabecillas de la revolución, tenían necesariamente que engendrar un demagogo más hábil que acabara con ellas. Y, en efecto, lo engendraron: me refiero al célebre Napoleón. Provisto de virtudes de mando y militares muy superiores a las que nos ha transmitido la historia, y dotado por la naturaleza para inspirar miedo en los agitadores y respeto en los deseosos de tranquilidad, sólo erró en una cosa: no comprendió qué tipo de frutos esperaban sus contemporáneos de tales virtudes suyas. En lugar de liberar de sus señores a los exhaustos pueblos de Europa, eligió convertirse él mismo en señor de señores. En lugar de sembrar el bienestar en toda Europa y de instaurarse como dios sobre la tierra, celebrado en himnos inmortales por la generación presente y por las incontables venideras, prefirió las sucias lisonjas de sucios aduladores. ¡Cometió un error, el desdichado!

Cuando este hombre hacedor de grandes cosas pero no grande accedió al consulado (cargo que iba a acabar con él y con los muchos y grandes bienes que de él se esperaban) quiso una traducción de la *Geografía* de Estrabón. El que había sido en otro tiempo mi maestro de química en Montpellier, Chaqta, entonces funcionario del consulado, propuso como traductores del texto a La Porte du Theil, a mi y en tercer lugar al geógrafo Cosselin, debido a las observaciones geográficas, determinando para cada uno de nosotros 3000 francos como pago anual del trabajo, y no una pensión anual<sup>9</sup>. que iba a ser decretada posteriormente.

Sobre 1805 llevamos a Napoleón (que ya no era cónsul, sino emperador) el primer tomo de la traducción de Estrabón impreso. Antes de ofrecerle el segundo, además del sueldo anual de 3000 francos, nos premió todavía a cada uno con 2000 francos, como pensión de por vida. Cuando nos llegó el inesperado anuncio de la pensión, sospechando de la munificencia de Napoleón (no descubro por qué) y con

---

<sup>9</sup> *Biographie nouvelle des Contemporains*, t. V, p. 53.

el temor de que me obligaran en algún momento a mostrarme agradecido más allá de lo justo, quise liberarme de su merced. Sin embargo, puesto que no podía hacerlo solo, propuse a mis colaboradores que, ya que la traducción de Estrabón iba a ser larga, nos convenía rechazar o bien el sueldo o bien la pensión, algo que aceptaron sin objeción. Así que escribimos los tres en común al funcionario de entonces renunciando al sueldo anual de 3000 francos y conformándonos con la pensión vitalicia de 2000. La respuesta del funcionario fue un elogio a nuestro desinterés por lo crematístico (désintéressement) según lo llamaba, y el fin del sueldo anual. Si hubiera previsto cuántos males iba a provocar en Grecia la impiamente llamada Santa Alianza, reunida con el objetivo de impedir la libertad de los pueblos, claramente hubiera considerado preferible que mi patria fuera gobernada hoy con el cetro de un Napoleón, que había expulsado a los turcos de Grecia, antes que con el bastón de hierro de muchos déspotas absolutos, ninguno de los cuales iguala en valía a Napoleón.

Cuando gobernaba este infortunado Napoleón, se presentó ante el difunto Clavier y ante mi uno de los muchos funcionarios para nombrarnos por una alta remuneración anual censores de libros, él para los libros editados en latín y yo para los editados en griego, antiguo o moderno. Con horror mi amigo rechazó el ofrecimiento y me movió a horrorizarme a mi no menos con la reflexión de que quien esperara de nosotros tal labor, probablemente nos juzgaría capaces de llevar a cabo cosas todavía más indignas a cambio de un sueldo.

Pero dejo a este Héroe (más desdichado por haber separado sus intereses particulares de los comunes que por haber sido destruido por déspotas sin comparación inferiores a él), y continúo con la historia de mi vida.

Aquí debo narrar uno de los episodios afortunados de mi vida, que hubiera silenciado si mis amigos no me juzgaran como soberbio, y los no amigos, quizá como indigno. La soberbia la detesto, pero ser juzgado como indigno lo odio. Algunos tienen la duda de por qué no solicité nunca ser elegido miembro de la Universidad. He aquí cómo sucedió el asunto. Quien deseara ser elegido miembro de la universidad, debía primero solicitar por carta al rector que lo inscribiera en el catálogo de candidatos. En segundo lugar, antes de la elección tenía que visitar personalmente a cada uno de los electores, y pedirle humildemente que le otorgara su voto. Solo conocía el primer requisito y lo cumplí, si no como deber imprescindible, sí como costumbre irreprochable. Y fui inscrito como candidato.

Ese año (1805) de la edición del primer tomo del Estrabón francés, publiqué con el patrocinio de los hermanos Zosimás el *Precursor (Pródromos) de la Biblioteca Helénica*, con prefacios muy pormenorizados titulados *Pensamientos Improvisados*. Su distribución en Grecia y el afecto que generaron hacia mi en la gente me mostraron que nuestro pueblo comenzaba a sentir la necesidad de educación, y aumentó mis esperanzas, que había mostrado ya cinco años antes<sup>10</sup>, de que su libertad se aproximaba. Solo me engañé en una cosa, en que la rebelión

---

<sup>10</sup> Ver el final de los *Discursos preliminares (Discours préliminaire)* del tratado de Hipócrates *Sobre los aires, las aguas y los lugares*, publicado en el año 1800.

contra el tirano, que mi razón situaba a la mitad de la presente centuria, ocurrió treinta años antes. Que tuvo lugar antes de tiempo lo demuestra la temeridad de los caudillos de la revolución (ya fuera espontánea, ya movida por Rusia) y el insensato comportamiento que posteriormente y hasta hoy han mostrado muchos políticos en Grecia y que ha dado excusa a tal derramamiento de sangre inocente. Por poco hubiera desaparecido incluso el nombre de Grecia de la faz de la tierra, si los luchadores contra el tirano por tierra y por mar no hubieran realizado hazañas verdaderamente dignas de Maratón y de Salamina. Si el pueblo hubiera tenido además gobernantes instruidos (y de todas las hubiera tenido si el levantamiento se hubiera producido treinta años más tarde) la revolución se hubiera hecho con mayor sensatez y hubiera inspirado tal respeto en los extranjeros que se hubieran evitado cuantos males sufrió por culpa de la anti-cristiana Santa Alianza.

Mis ediciones no dejaron sin embargo de crearme enemigos, algunos pocos eruditos junto con no muchos del estamento eclesiástico, los cuales me combatían salvajemente como revolucionario no solo en lo concerniente a la educación, sino también en lo referido a mi religión. Ahora me arrepiento de haberles respondido en la polémica; hubiera actuado con mayor sensatez siguiendo el sabio consejo de Epicteto: "Cree que tiene razón". Antes de acometer la empresa de aconsejar la corrección de actos erróneos, se debe prever la inevitable guerra que se va a desatar entre aquellos cuya gloria y fortuna dependen y se alimentan de los errores. Y en lugar de esperar de ellos algo imposible, la paz, se debe continuar con la propia obra sin perturbarse, contentándonos con el afecto de los que van a sacar utilidad de ella.

Antes de empezar la *Biblioteca Helénica* había publicado (1799) los *Caracteres* de Teofrasto en griego y en francés con prefacio y observaciones en francés; también el *Sobre los aires, aguas y lugares* (1800) de Hipócrates<sup>11</sup>, el *Canto de guerra* (1801), la primera edición de la traducción de Beccaria<sup>12</sup>, el escrito en francés *Memoria sobre el estado presente de la civilización de Grecia* (1803)<sup>13</sup>, que primero había leído en la *Sociedad de los Observadores del hombre*, y las *Etiópicas* de Heliodoro, con anotaciones en griego y la *Introducción a la lengua actual de los griegos* (1804). Después de Heliodoro, comencé (sobre el año 1805) la más arriba mencionada *Biblioteca Helénica*. Continué con ella de forma ininterrumpida hasta el comienzo del cambio político de los griegos<sup>14</sup>, con tal agrado de los lectores que algunos de mis compatriotas juzgaron útil reunir y editar en tomo separado las introducciones a cada escritor o los *Pensamientos Improvisados*.

---

<sup>11</sup> En torno a 1816 salió una segunda edición, pero solo el texto de Hipócrates y la traducción, a la que añadí también la Ley de Hipócrates y el tratado de Galeno *Que el mejor médico es también filósofo*.

<sup>12</sup> La misma traducción se editó por segunda vez en 1823.

<sup>13</sup> *Mémoire sur l'état actuel de la civilisation de la Grèce*.

<sup>14</sup> En la actualidad (1829) la *Biblioteca Helénica* junto con el *Precursor* está formada por 17 tomos, además de los 9 tomos de los llamados *Parerga*. A ello hay que añadir los *Chistes* de Hierocles, las cuatro primeras rapsodias de la *Iliada* y la obra titulada *Atakta* en dos tomos.

Lo prematuro e inesperado del cambio político en Grecia infundió en mi alma tal miedo que, de haber sido posible por la propia naturaleza de la tarea y por mi situación económica, hubiera publicado en ese momento todos los escritores morales y políticos para atenuar en lo posible los males esperables de la revolución.

Pero los hermanos Zosimás (a causa de ciertas circunstancias inesperadas) habían cesado hacía tiempo su contribución a los gastos de la imprenta, y mi situación económica no me permitía pagar ayudantes o correctores de imprenta en tal cantidad como era necesario para la edición conjunta de tantos tomos.

Así que comencé (1821) por la edición de la *Política* de Aristóteles. Un año antes (1820) había traducido y editado anónimamente el curioso *Consejo de tres obispos al Papa Julio tercero*. La aparición de tal escrito tenía como objetivo la corrección y justificación de la iglesia oriental. La larga esclavitud había destruido la educación de nuestro pueblo y era imposible que no corrompiera al clero ni confundiera nuestras convicciones religiosas. Sin embargo, cuáles y cuántos serían los pecados de los cristianos orientales comparados con los terribles abusos de la corte papal, en la balanza de la justicia tienen que ser considerados unas pocas gotas de agua en el océano. Y los defensores de la corte papal, acusando con acritud a los griegos por ellos, están acusando a personas que tienen la paja en el ojo, cuando ellos mismos están cegados por una enorme viga. Juzgar a todos los religiosos de la iglesia oriental por la molicie de unos pocos sacerdotes sardanápalos dados a la vida regalada en Bizancio es lo mismo que comparar a todos los seglares con los Fanariotas de Bizancio.

En París, el 23 de diciembre de 1829.

A. Koraís